

LORENZO MAGALOTTI

INTRODUCCIÓN

El *Diccionario de Autoridades*, 1726, dice en la palabra búcaro: *Búcaro*. Vaso de barro fino, y oloroso, en que se echa el agua para beber, y cobra un sabor agradable y fragrante. Los hai de diferentes hechuras y tamaños. Vienen de Indias, y son mui estimados y preciosos. Lat. *Poculum Americarum ex argilla odorifera confectum*.

Y en la palabra barro, dice el mismo diccionario en la segunda acepción: *Barro*. Se llama también el vaso que se hace de diferentes hechuras y tamaños de tierra olorosa para beber agua, que por otro nombre se dice búcaro.

El *Diccionario de la Academia*, ed. de 1956, dice en la palabra búcaro: *Búcaro*. (Del lat. *poculum*, vaso, taza.) m. Arcilla que se encuentra en varias partes del mundo y principalmente en América; despide, sobre todo cuando está mojada, un olor agradable, y solían máscarla y aun cómerla las mujeres. Hay tres especies, que se diferencian entre otras cosas, en el color, que puede ser rojo, negro o blanco. 2. Vasija hecha con esta arcilla.

Y en la palabra barro: *Barro*. m. Masa que resulta de la unión de tierra y agua. 2 . . . 3. Búcaro, 2ª acep.

¿Cómo ofrecer estas páginas sobre las “tierras olorosas” de América? ¿Cómo explicar los motivos que nos llevaron a seleccionarlas y a traducirlas? Quizá diciendo que se nos antojaron una “curiosidad”, un documento “curioso” acerca de la vida de los búcaros del Nuevo Mundo al finalizar el siglo XVII. Pues ¿qué mejor relación sobre ellos que ésta del refinadísimo Magalotti que los tuvo en amorosa cotidiana compañía?

De su librito en epístolas, *Lettere sopra i buccheri*, que son con-

* Selección, traducción y notas por Francisca Perujo, de las cartas VI, VII y VIII del libro *Cartas sobre los búcaros* del literato florentino Lorenzo Magalotti.

versaciones capítulos dirigidas a la marquesa Strozzi, hemos tomado las cartas VI, VII y VIII, dedicadas a los barros de las Indias Occidentales. Aparte el espíritu erudito, de rebuscado perfeccionismo del literato, el gusto sensual del hombre que goza con ellos, su describirlos como algo que pertenece a las cosas entre las que transcurre su existencia, hacen vivo este hablar minucioso y recargado que muestra mucho más que las simples vasijas de barro cocido.

Cuenta Magalotti lo que sabe del origen de estos búcaros, se pierde en disquisiciones acerca del olor de las tierras de que se forman, habla de quienes los hacen, da noticias e interpreta, describe con precisión científica la variedad de sus formas, refiere del comercio, de la estimación y del tratamiento de que son objeto, menciona los diversos usos a que se consagraban y los cuidados que con ellos se seguían. El fondo de este complacido ocuparse en los búcaros es un cuadro de vida de la época, un aspecto de los gustos y refinamientos de los elegantes de algunos países de Europa. Por los mismos años, en 1699, a su vuelta de la Nueva España, Gemelli Careri aconsejará traer búcaros de las Indias, que todos apreciaban y principalmente las señoras, *Giro del Mondo*, VI, Lib. I, cap. I. Y ya un siglo antes había observado Francesco Carletti: "... y el agua, que en las casas se tiene [en México] en vasijas de barro, toma también ella, estando a la sombra, admirablemente el fresco, que no es pequeño regalo en país tan destemplado por el calor..."; *Ragionamenti del mio viaggio intorno al mondo, 1594-1606*, Primo discorso, V.

Se encontrarán también en las cartas VII y VIII algunas referencias a la *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís y a Bernal Díaz. Probablemente no fueron éstas las únicas obras que Magalotti tuvo a la mano sobre la Nueva España, pero los comentarios que aquí leemos no manifiestan ningún interés particular por su historia. Utiliza el libro de Solís, que con toda evidencia conoció mejor y apreció más, para apoyar deducciones que hace a propósito de los búcaros y del barro negro; se abandona a digresiones acerca de la "república de Tlaxcala", o de cómo se servía la mesa de Moctezuma comparándola con la de Asuero, cuyo interés es meramente la expresión de una cultura colmada de finuras, oficio y posibilidad de pocos, en la que se vive de lo sutil, se gusta lo exótico desde lo refinado, apoyada en una vida cotidiana que heredó amalgamándola y sublimándola, una civilización que es ya pasado.

Dada la abundancia de digresiones entremezcladas de modo habilísimo con el sujeto principal de estas cartas y nuestro, en un tejido de comentarios que el tono coloquial favorece, hemos tenido que seleccionar lo que para nosotros contaba, a fin de no agravar excesivamente estos fragmentos de prosa ya alambicada. De esta operación siempre arbitraria y de la que sólo puede excusarnos el ángulo desde el que consideramos la obra y el interés que nos lleva a ella, ha resultado acaso la unidad y la cohesión de las partes traducidas. Así, no podíamos abandonarnos en la carta VI a traducir páginas atestadas de sutilezas sobre las materias que componen ciertos olores, e igualmente, en la carta VIII pasamos por alto algunos comentarios sobre el cacao, el tabaco y el achiote que, si bien podrían entrar, junto con los búcaros, en un capítulo más vasto de "asuntos americanos", no ofrecían a nuestro parecer ni el interés ni el carácter original de estas páginas.

La idea de esta publicación se originó en una conversación con la doctora Teresa Poggi Salani, de la Universidad de Milán y estudiosa de la obra de Magalotti. Al concretarse esta idea, la doctora Poggi Salani ha escrito además acerca de la moda de los búcaros en Europa y sobre la vida del literato florentino, unas páginas muy documentadas que nos permiten entender el sustrato cultural de la obra que nos ocupa, y el ambiente de que fue expresión.

FRANCISCA PERUJO

LA MODA DE LOS BÚCAROS EN EUROPA
Y LORENZO MAGALOTTI

Las ocho *Lettere sopra le terre odorose d'Europa e d'America dette volgarmente bucheri*, escritas en el verano de 1695 —entre el 5 de julio y el 20 de septiembre— por el literato florentino Lorenzo Magalotti, de las cuales se ofrecen aquí los fragmentos que interesan a las tierras americanas, son uno de los testimonios literarios más vistosos de la moda de los búcaros en la sociedad elegante de la Europa del siglo XVII.

La introducción de los búcaros o barros olorosos, traídos entre las curiosidades del Nuevo Mundo, se llevó a cabo probablemente ya con las primeras naves que volvían de los viajes y de las empresas de América. La estima de que fueron objeto y la dificultad

real para obtenerlos se reflejó, creándose la moda y la manía de los búcaros y difundiéndose la bucarofagia, también sobre los búcaros portugueses que se producían desde hacía siglos sin que hubieran gozado nunca de gran fortuna fuera de su país.

Pero la fama de los barros americanos fue tal, que al pasar el tiempo llegó a ser incluso opinión común que aquéllos fabricados en España y en Portugal eran sólo imitaciones de la producción de América, y particularmente de la de México. Precisamente contra esta difundida creencia se sintió en el deber de escribir una estudiosa portuguesa, Carolina Michaëlis de Vasconcellos, en los primeros años de nuestro siglo, un estudio sucesivamente reimpresso,¹ para demostrar que los búcaros de la Península Ibérica tenían un origen antiguo e independiente de la importación americana, que sin embargo, más tarde, tanto debía contribuir a su misma difusión (además de sugerir también verdaderas imitaciones). La autora recuerda entre otras cosas un testimonio de 1516, por el que resulta que ya entonces existían en Portugal búcaros-cazuelitas, intencionadamente perfumados con esencias.

En este sentido es singularmente característico el variar, a lo largo del tiempo, de un cierto dato constitutivo de la explicación de los diccionarios españoles para "búcaro". Esta palabra que llega al castellano de un dialecto mozárabe muy probablemente del Portugal (el portugués tiene "púcaro", pero la provincia de Alemtejo, en la cual precisamente se producían famosos búcaros, tiene justamente "búcaro"), y se remonta al latín "poculum" "vaso para beber", aparece en efecto en el *Tesoro* de Covarrubias (1611) como denominación de un "género de vaso, de cierta tierra colorada que traen de Portugal", mientras en el *Diccionario de Autoridades* (tomo I:1726) se afirma exclusivamente que los búcaros "vienen de Indias".

Testimonios escritos, documentales y literarios, así como iconográficos acerca de la moda de los búcaros ibéricos y americanos en España y en Portugal se suceden desde los últimos decenios del siglo XVI, durante todo el seiscientos y hasta mediados del siglo XVIII (se refieren explícitamente a la usanza de comer fragmentos de búcaro de América, Góngora que menciona el Perú, y Juan

¹ *Algunas palavras a respeito de púcaros de Portugal*, Coimbra, Imprensa da Universidade, 1921; ed. aumentada respecto de la anterior aparecida en el vol. VI (1905) del *Bulletin hispanique*, pp. 140-196.

de Zavaleta que nombra a Natán), como resulta por la documentación reunida por Alfred Morel-Fatio para el "comer barro",² y por la ya citada Michaëlis de Vasconcellos, quien sin embargo es de la opinión de que en Portugal la exasperación de la moda de los búcaros y de la bucarofagia nunca alcanzó las proporciones que tuvo en el mundo elegante de Madrid (en donde la manía, por lo que parece, fue especialmente femenina: está incluso documentada la intervención de los confesores contra la dañina bucarofagia, que además de dar palidez al rostro y hacer adelgazar a la persona, se consideraba que producía la esterilidad). Y con todo, precisamente en Lisboa, afirma la estudiosa portuguesa, la bucarofagia subsistía aún alrededor del 1800, mientras que en España se sabe que en 1840 no había aún desaparecido en Madrid la usanza de perfumar los ambientes con los vapores húmedos emanados de los búcaros americanos —o considerados americanos— llenos de agua; así como la de gustar el agua fresquísima y olorosa conservada en ellos y de masticar pequeños fragmentos de búcaro. Es Théophile Gautier quien nos proporciona este testimonio en su *Voyage en Espagne*, donde afirma además: "*Comme on n'en fabrique plus en Amérique, les bucaros commencent à devenir rares, et dans quelques années seront introuvables...*"

Si por el ensayo de la Michaëlis de Vasconcellos se obtienen algunas noticias más acerca de la difusión de los barros portugueses únicamente en otros Estados europeos y en ultramar,³ las indicaciones sobre la moda europea de los búcaros en general nos provienen naturalmente de las *Lettere sopra i bucheri* de Magalotti, a quien, por otra parte, esa moda en Italia parece deber mucho. Además él mismo afirmará varias veces entre 1694 y 95, que fue predicando durante buenos veinticinco años en la "barbarie de Italia", los méritos de los búcaros, adorados en España "con una manera de culto supersticioso" y venerados por Francia, Inglaterra y también por Austria.⁴

Por lo que toca a Italia, recordaremos que además de las *Lettere sopra i bucheri*, para las cuales Magalotti se sirvió también de

² Comer barro, en *Mélanges de philologie romane dédiés à Carl Wahlenburg*, Mâcon, Protat, 1896, pp. 41-49.

³ También en las *Lettere sopra i bucheri* se hacen referencias a la exportación a América de búcaros portugueses: v. la *lettera VIII*, ed. Praz, pp. 125 y 135-136.

⁴ Por ejemplo *Lettere del conte Lorenzo Magalotti gentiluomo fiorentino*, Firenze, Giuseppe Manni, 1736, p. 33.

noticias obtenidas en Hamburgo,⁵ en Viena y en Madrid⁶ —mientras declaró que había encontrado muy escasas informaciones impresas que se refirieran exclusivamente a la producción portuguesa—⁷ se ocupan en diversas ocasiones de los barros, varias cartas del literato florentino dirigidas a monseñor Leone Strozzi que le pidió que escribiera precisamente las *Lettere sopra i buccheri* para su cuñada Ottavia Renzi Strozzi, que sin embargo no proporcionan nuevos elementos relevantes.⁸

Hay que recordar además algunas canciones anacreónticas sobre los búcaros, especialmente sobre los de América (así pues “búcaro negro” se entenderá primero como “búcaro de Natán” o después como “búcaro chileno, de Santiago”, no siendo muy estimados los búcaros negros portugueses pobres de olor), publicadas bajo el nombre de Magalotti después de su muerte,⁹ pero que en buena parte se pueden atribuir a autores contemporáneos conocidos suyos e incluso invitados por él a escribir en elogio de los búcaros con motivo de la composición de las *Lettere sopra i buccheri*.¹⁰

⁵ *Lettere del conte L. M.*, cit., pp. 33, 44, 46-47; IV de las *Lettere sopra i buccheri*, ed. cit., p. 65.

⁶ *Lettere del conte L. M.*, cit., pp. 38-39, 41, 44 y quizás también p. 35.

⁷ IV de las *Lettere sopra i buccheri*, ed. cit., loc. cit.

⁸ Véase una descripción del modo de restituir el olor a los búcaros de las Indias, no precisamente idéntica a la que aparecerá en las *Lettere sopra i buccheri*, en *Lettere del conte L. M.*, cit., pp. 40-41. Estas cartas a Leone Strozzi se pueden ver entre las *Lettere* de la ya citada edición de 1736; más accesible es la edición de las *Lettere odorose di Lorenzo Magalotti* hecha por E. Falqui, Milano, Bompiani, 1943, en las cuales están comprendidas también casi todas las cartas a Strozzi, o las partes de ellas que se refieren a los búcaros (pero a varias de ellas se les atribuyó una fecha equivocada). Véanse también dos cartas de Leone Strozzi a Magalotti, en *Delle Lettere familiari del conte Lorenzo Magalotti e di altri insigni uomini a lui scritte*, Firenze, Stamperia di S. A. R. por Gaetano Cambiagi, 1769, vol. 2, II, pp. 119-121 y 125-128. Dice Magalotti que se puede contar hasta catorce especies diferentes, de las más nobles, de búcaros americanos en “*Overture della sinfonia degli odori*, cuidada por E. Falqui, Milano, All'insegna del pesce d'oro, 1967, pp. 41-42.

⁹ *Canzonette anacreontiche di Lindoro Elateo pastore arcade*, Firenze, por Gio. Gaetano Tartini e Santi Franchi, 1723 (Lindoro Elateo era el nombre tomado por Magalotti en la Accademia dell'Arcadia romana). Las canciones sobre los búcaros han sido publicadas de nuevo por Falqui a continuación de las *Lettere odorose*, ed. cit.

¹⁰ A la invitación de Magalotti había contestado desde Francia François Régnier Desmarais, secretario de la Académie Française, óptimo conocedor del italiano, admitido también en la Academia Florentina de la Crusca. Entre los italianos se recordará por lo menos a los florentinos Anton Maria Salvini, que fue profesor de griego, infatigable traductor de lenguas clásicas y modernas, activísimo filólogo y académico de la Crusca, Lorenzo Bellini, que fue médico y anatomista de valor y que por la petición de Magalotti compuso un poemita que obtuvo alguna fortuna; *La Bucceride*, Firenze, Gio. Gaetano Tartini e Santi Franchi, 1729, y la pisana Maria Selvaggia Borghini, rima-dora arcádica, experta en lenguas clásicas, traductora de latín.

Independientemente de las cuestiones vinculadas con la atribución de las *Canzonette anacreontiche* y a la colección inédita de versos promovida por Magalotti, lo que ahora nos interesa señalar es el hecho de que hacia fines del siglo XVII un grupo de literatos e incluso de rimadores diletantes, por lo que se sabe, en Toscana, Francia —si bien no se conocen más nombres franceses que el de Régnier Desmarais (v. la nota 10)— y España,¹¹ se complacía en escribir rimas en elogio de los búcaros y particularmente de los más apreciados búcaros americanos. Así como es interesante recordar que esta colección de versos nació del deseo de celebrar la colección de “soberbia, preciosa, venerable alfarería americana” que la marquesa Strozzi tenía en Roma: “semejante a la cual —escribía Magalotti en la primera carta de su obra— yo no he visto en toda la Europa no bárbara” (el conocía toda la Europa occidental y central), colección que asumía incluso la función, según él, de maestra de gusto para quien aún sólo una vez hubiera tenido acceso a ella . . . “cuando, levantadas las cataratas de aquellos cristales, se abre paso al embalse de aquellas invisibles emanaciones de paraíso terrestre . . .”

Si en Roma existía la preciosa colección Strozzi, que ha dejado incluso huella en la literatura, por Magalotti sabemos que, además de él mismo y de otros personajes de la nobleza a los cuales va haciendo referencia en las *Lettere sopra i bucheri*, coleccionaba barros también el gran duque de Toscana Cosme III, al cual en febrero de 1694 le llegaron dos gigantes de “Guadalajara de Indias”.

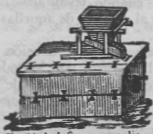
Y sin embargo esta moda de coleccionar búcaros, y de servirse de ellos los “espíritus delicados” para los más variados usos, se diría que poco más de treinta años después de las *Lettere sopra i bucheri*, debía de haber decaído en Italia si en la primera edición (póstuma) de la *Bucchercide* de Lorenzo Bellini —cuya composición había seguido a la obra magalottiana—, el prologuista anónimo, además de no saber añadir substancialmente nuevas noticias sobre los búcaros portugueses ni americanos, y limitándose por consiguiente a resumir lo que de ellos había escrito precisamente Magalotti, usa casi exclusivamente en su exposición el pretérito, utilizando incluso expresiones como “en el siglo pasado”, “en los

¹¹ Pero no se sabe más que lo que aparece en la parte inicial de la *VI lettera sopra i bucheri*.

VARIE OPERETTE
 DEL CONTE
LORENZO MAGALOTTI
 CON GIUNTA
DI OTTO LETTERE
 SU LE TERRE ODOROSE
 D'EUROPA E D'AMERICA

DETTA VOLGARMENTE BUCCHERI

ORA PUBBLICATA PER LA PRIMA VOLTA.



Il più bel fibr ne coglie.

MILANO
 PER GIOVANNI SILVESTRI

M. DCCC. XXV.

años pasados”, “hace tiempo” y otras por el estilo, y si es verdad que escribe también “tal ha sido en suma, y en parte es aún el uso de los búcaros”, resulta claro que él no tiene ninguna experiencia personal de ellos, y así en verdad no se considera en absoluto entre los “entendedores” o “conocedores de estas cosas”.

No obstante por aquellos mismos años, en una larga composición en versos de un fecundo rimador y comediógrafo florentino, Giovan Battista Fagioli, titulada *Carnovale che si licenza nel suo finire dalle belle dive dell'Arno* y publicada en 1733, se recuerdan entre

los infinitos refinamientos de un pisaverde a la moda también: "Varios confites, / Y pastillas / Con azúcar / Y con búcaro."¹²

Y por supuesto las colecciones de búcaros subsistían, como dice también el prologuista de la *Bucchereide* y como testimonia además hacia mediados del siglo un texto portugués citado por la Michaëlis de Vasconcellos, en el cual se recuerda la presencia de los mejores búcaros portugueses en colecciones conservadas por los jesuitas en Roma y, en general, "en muchos gabinetes de monseñores y príncipes de Italia".

Lorenzo Magalotti, nacido en Roma de familia florentina el 13 de diciembre de 1637 y muerto en Florencia el 2 de marzo de 1712, ocupa un puesto muy honorable entre los llamados "menores" de la literatura italiana y es una de las figuras más interesantes de la Florencia granducal de su tiempo, en donde desde la edad de veintidós años vivió sin interrupción, exceptuando los largos paréntesis de sus viajes y estancia en gran parte de Europa que lo tuvieron alejado de su ciudad entre 1667 y 1678, más de siete años en total y que fueron para él una experiencia fundamental.

Su vida en Florencia se mueve principalmente entre la corte —ocupaba el trono primero Fernando II Medici y luego, desde 1670, su hijo Cosme III—, una corte que sabe cada vez más a provincia, aislada como estaba ya entonces del ámbito de las potencias políticamente sobresalientes; y las academias de la Crusca y del Cimento, dedicadas la una a una seria actividad filológica y lexicográfica admirada grandemente aun en el extranjero, y la otra a una experimentación científica que sigue noblemente las huellas de la enseñanza galileana y que, a pesar de su breve periodo de actividad (1657-1667), será ejemplo en Italia y en Europa.

Florencia tiene claramente a su espalda el momento vivaz de la civilización de la cual ha sido insigne expresión, pero de esa civilización siente todavía los frutos, si bien son tiempos de crisis con la amenazadora gazmoñería de la corte, el drama de Galileo aún presente en el aire y la falta de una personalidad predominante después de la suya. Con todo, hay en el granducado literatos honestos y preparados, hombres de ciencia de primer orden, y la cordura conservadora de la tradición toscana no ignora pero acoge moderadamente y elige los elementos de la experiencia barroca que en otros lugares se agita en Italia.

¹² *Rime piacevoli*, vol. v, Firenze, Francesco Moucke, 1733, p. 153.

Magalotti es un inquieto: literato, hombre de ciencia, cortesano, diplomático (durante tres años estuvo en Viena como embajador), conocedor de muchas lenguas, se revela, para quien lo conoce a través de la heterogeneidad de sus obras o recorriendo su densísimo epistolario, como una personalidad compleja y cautivadora, exquisitamente refinada y al mismo tiempo dominada en el fondo por una inquietud nunca sosegada. Sus obras van desde los escritos científicos, como los espléndidos *Saggi di naturali esperienze*, relación de experimentos llevados a cabo en la Academia del Cimento, redactada por Magalotti en calidad de secretario de la misma, a escritos de carácter diplomático; correspondencias, relaciones, "retratos"; desde traducciones de diversos géneros, en prosa y en verso, sea de lenguas contemporáneas como de lenguas clásicas, a escritos propiamente eruditos; desde composiciones poéticas a relaciones de viajes. El interés por los países extranjeros —los ambientes, las costumbres, la cultura, los tipos humanos diversos— es en él vivísimo: no sólo viaja mucho y conoce hombres de cultura y personalidades de buena parte de Europa, por los cuales es muy estimado y con quienes mantendrá además largos y cordiales vínculos epistolares (y téngase en cuenta lo que significa tener en mano en la pequeña, ilustre y soñolienta Florencia de Cosme III de julio de 1711, el *Spectator* londinense del 27 de junio), sino que se informa y escribe acerca de los países más lejanos (la China, África, las Indias Orientales y Occidentales). Estudia además el árabe, el sirio y el turco, toma incluso lecciones de circasiano, trata en vano de tener noticias "de una lengua" de México a través del mismo amigo español que le envía en 1698 la edición de las poesías de Sor Juana Inés de la Cruz.¹³

Sobre el refinamiento delicadamente sensual del hombre, sobre

¹³ En una carta del 20 de abril de 1698 a don Francisco Antonio Iriarte, Magalotti, observando que entre los muchos nombres indios que aparecen en la *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís, había encontrado curiosamente uno solo —el nombre de la provincia de Gualipar— que contuviera la *r*, lamenta que "un autor tan juicioso y exacto como Solís, no nos haya iluminado mínimamente acerca del espíritu, si no otra cosa, de una lengua que servía a tan grande imperio" y le pide al amigo si puede hacerle saber "si hay alguna gramática con diccionario español y mexicano, y mexicano y español para uso de los misioneros evangélicos que deben predicar en los países menos civilizados por el comercio de los españoles" (*Delle lettere familiari*, cit., II, pp. 165-166). Para Sor Juana Inés de la Cruz v. en otras dos cartas de Magalotti a Iriarte, una sin fecha —pero claramente de 1698 e incluso anterior al 20 de abril: v. también Fermi, *Bibliografia Magalottiana*, Piacenza, Favari, 1904— y otra del 6 de mayo de 1698, en la misma colección de cartas, pp. 156-158.

la “desgana” del siglo tan agudamente advertida y vivida y gustada —espejo en el fondo de su propia inquietud personal y de su inconstancia angustiosa— toma cuerpo el “gusto del olor” de Magalotti. Muchos de sus escritos se ocupan en efecto en el sujeto de los “olores”: las dos finísimas “*lettere odorose*” de las *Lettere scientifiche ed erudite*, las *Lettere sopra i buccheri*, un breve escrito reeditado recientemente con el título de “*Ouverture*” della *sinfonia degli odori*, otras cartas más y rimas, entre las cuales varias de las *Canzonette anacreontiche*. Obsérvese cómo trata esta materia: se encuentra aquí también esa vena de escepticismo que en otras partes priva a Magalotti del pleno entusiasmo del descubridor de ciencia; el sentido de la medida y una sutilísima ironía superior tienden y encrespan los audaces arabescos.

Con las muy literatas *Lettere sopra i buccheri*, no impresas durante la vida de su autor —como varias otras obras suyas, por otra parte— y sobre las cuales incluso pidió a los amigos Strozzi “la promesa de mantener el secreto”, de modo que se publicaron apenas en 1825,¹⁴ Magalotti nos introduce en el reino inefable de los búcaros y nos inicia en los “deliciosos ministerios” que con ellos se relacionan, procediendo en un tono de conversación sencilla, pero alcanzando también acentos exquisitamente poéticos, y avanzando a través de un frecuente y gozoso adentrarse en divagaciones colaterales, a las cuales el gusto del conversar amable lo lleva de modo natural. La quintaesencia sensual de la imaginativa magalottiana se revela por todas partes: en la sutileza de su manera de precisar, en la finura de sus analogías predilectas (recurrentes las que hace entre música y olores), en ciertas afirmaciones en donde se esboza una sonrisa (“la señora marquesa no tiene por qué ocuparse en una empresa a la que cualquier rey puede llegar”). La prosa tiene en esta obra una ductilidad y una versatilidad muy naturales, que esconden el cuidado e ignoran el esfuerzo; la sintaxis es libre y varia; la lengua, segura y gustada en cada palabra, está vistosamente coloreada por adopciones extranjeras y particularmente del español.

TÉRESA POGGI SALANI

¹⁴ *Varie operette del conte Lorenzo Magalotti con giunta di otto lettere su le terre odorose d'Europa e d'America dette volgarmente buccheri*, Milano, Giovanni Silvestri.

CARTAS VI, VII Y VIII DE LETTERE SOPRA
I BUCCHERI DE LORENZO MAGALOTTI¹

CARTA VI

Lonchio, 23 de agosto de 1695

Buen pan, buen vino, buenas frutas, aire bueno, éstos son, decía el gran duque Ferdinando,² los tesoros de nuestras zonas templadas: la plata, el oro, las perlas y las demás joyas, han tocado a la tórrida.

Digamos también nosotros, señora marquesa: lo festivo, gracioso, gentil, saludable, recreativo, son las prerrogativas de las tierras de nuestra Europa. Lo noble, rico, aromático, majestuoso, indistinto, vital, admirable, ha tocado a las de América.

Digamos aun en términos más precisos, que entre las minas de olor corre la misma proporción que entre las de oro.

Las de España, en el punto en que están hoy por lo menos, no sé que den más oro que unas pocas briznas que las lluvias deslavan de algunas montañas, y que la gente pobre va a recoger entre la arena de los torrentes cuando pasan las crecidas, de modo que se haga cuenta de que sacan muy miserablemente lo suficiente para pagarse la jornada. Las de las Indias todos lo saben, y no es menester decirlo.

Más bien es menester decir qué olor es éste de las tierras de las Indias Occidentales:

.....

Las tierras olorosas de América, y por consiguiente los búcaros que de ellas se hacen, concuerdan con los de Europa en esto: que estando toda la diferencia entre ellos de más a menos, todos sin embargo por lo general caen bajo la misma categoría de fragancia; de modo que queda sólo por ver la constitución de esa fragancia.

De tantos como en Italia, en Francia y en España se han permitido el honor de rendir homenaje al genio de la señora marquesa componiendo loas a los búcaros de las Indias, verá por la colección de poesías que le mando esta tarde en un pequeño libro ya entregado en una caja al ordinario de Génova, que, por lo que toca a la representación viva de la índole digámoslo así, de

¹ Se ha utilizado la siguiente edición: Lorenzo Magalotti, *Lettere sopra i bucceri*, a cura di Mario Praz, Firenze, Le Monnier, 1945. Los puntos señalan las partes de las cartas que no he considerado oportuno traducir. Las frases y las palabras que no pertenecen al texto de Magalotti están entre corchetes. Las palabras que aparecen en cursivas están en castellano en el original, y en ellas se ha conservado la ortografía del mismo.

² Se refiere a Ferdinando II gran duque de Toscana, 1621-1670.

su fragancia, el señor abate Anton Maria Salvini ha sido, si no más certero, por lo menos más afortunado sin duda que los otros, habiéndola pintado en un solo verso de un soneto con tres golpes de verdadero maestro:

Che di gentile austeridade avvampa.³

Sé que la señora marquesa lo notará en seguida, y estoy seguro de que estará conmigo.

Gentil: dice todo lo suave. Austeridad: dice lo noble, lo rico, y al mismo tiempo lo aromático, que por naturaleza trae consigo lo balsámico y lo vital. Arde: poder del mundo, este término en un olor en frío, ¿qué no querrá decir? Quiere decir la fuerza, la gallardía, la actividad, el acometer; quiere en fin decir lo terrible, atributo consecuente a la majestad y a la maravilla. Y por último el conjunto de estas tres palabras reunidas pone de modo evidente ante la imaginación lo indistinto.

.....

Ponerse ahora a pretender adivinar cuáles pueden ser los ingredientes de que se sirve la naturaleza perfumadora para componer estas tierras, sería querer demasiado...

.....

Pues en verdad es cosa extraña el olor de estas tierras, que sobrepuja sin remedio a todos los demás. Yo lo compruebo siempre con el tabaco en polvo, contenga este ámbar, almizcle, flores, todo lo que se quiera: con tres o cuatro días que lo tenga en un búcaro de las Indias bien tapado, es asunto acabado: no se distingue más que el búcaro. Búcaro enriquecido, esto sí, pues el ámbar y las flores quedan siempre por su parte, habiendo siempre de un tabaco puro a uno alterado la diferencia que hay del día a la noche, pero al fin; siempre búcaro. [Dice Magalotti a la marquesa que la piel de las tapas del librito de poesías que le mandó estaba adobada con búcaro de Indias.]

.....

Bien me contento con esto: que cuantas especies de olores y de perfumes de este bendito Nuevo Mundo me han caído a las manos, las encuentro todas parientes, no digo de una misma familia, pero sí de una misma sangre... Éste más pobre, aquél más rico, éste más grave, aquél más gentil; muy bien todo; pero bajo estas diferencias yo me represento siempre una cosa que es la misma en todos: algo más algo menos, pero a fin de cuentas es ésa. ¿Qué

³ Literalmente habría que decir: Que de gentil austeridad arde. Sobre Anton Maria Salvini véase la nota 10, p. 324 del estudio de T. Poggi Salani que precede esta selección.

es? No sabría cómo aproximarme mejor a ella que llamándola un suave aromático, y por lo general alterado. Estudiémoslo un poco.

Bálsamo negro líquido, bálsamo blanco en lágrima, aníme, quinina, tanto la que gotea externamente de las cortezas, como la que se da en esas almendritas que en España llaman *pepitas*; sándalos olorosos de varias clases, palo del Brasil, que sabe a violeta; jacaranda, cedro, álce blanco, palo del águila, que no tiene más enemigo de su estimación que haber demasiado y valer, en consecuencia, poco; cacao, vainilla, en fin aceites, gomas, maderas, hierbas, almendras, retanas, todo se reúne en esa calidad de aromático, de medicinal, pero aromático benigno, amable, todo gentileza: medicinal galante, delicioso, todo alivio.

..... Osaría, pues, decir que el cuerpo de todos los olores naturales, tanto de las Indias Orientales como de las Occidentales, es lo aromático. El oriental exaltado y enfurecido por lo seco; el occidental alargado y suavizado por lo húmedo. Para entender la razón de ello hasta mirar el mapa. Asia y América, dos grandes continentes, pero con esta diferencia: uno unido a Europa y a África (no debiéndose contar en este caso las separaciones de dos pequeños canales, el mar Rojo y el golfo Pérsico) y simplemente flanqueado por dos mares, uno de los cuales siempre helado, o tan frío, que los vientos poca humedad pueden absorber para regalársela a la tierra. El otro una gran península, si acaso llega a serlo, y subdividida en otras dos penínsulas, la América Septentrional y la América Austral, rodeadas por todas partes por el océano: por el norte, y por el sur, Dios sabe a qué distancia de la tierra firme; por oriente, hasta las costas de África y de Europa; y por poniente, hasta las de Asia. Y no solamente esto, sino con las playas desgarradas en muchos pedazos que le llevan el océano hasta las vísceras, y lo poco que hay entero, regado por los ríos más vastos del universo, y éstos crecidos dos veces cada día por mareas terribles y encharcado por muchos lagos, que es realmente de maravillarse que se mantenga unido. No diría ya que fuera asombroso que reinando tan universalmente bajo una zona tórrida tan húmeda este espíritu de aromático mixto, como se reconoce en sus aceites, en sus gomas, en sus maderas, en sus hierbas, en sus drogas, pudiera haber tocado su parte también a alguna veta de tierra.

CARTA VII

Lonchio, 6 de septiembre de 1695

Ya sabe la señora marquesa que las vetas de estas tierras olorosas de América conocidas hasta ahora en Europa son tres: Chile, Guadalajara⁴ y Nata o Natán;⁵ digo conocidas en Europa, pues existe la cuarta, que tiene tan curiosa antipatía al mar, que no sólo a atravesar los océanos de Las Damas y de Las Yeguas,⁶ sino tampoco se sabe que siquiera se haya arriesgado a asomarse a las costas de aquel del Sur. La razón no es otra que la dificultad, enorme dificultad, y absolutamente impracticable del transporte; pues encontrándose esta arcilla en la provincia de Quito, la más septentrional del Perú, país no solamente montañoso él mismo, sino situado además del otro lado de la cordillera de grandes montañas que protegen a aquel gran reino por la parte de la tierra, no les basta a las vasijas que de ella se hacen ser búcaros para encontrar caprichosos que se resuelvan a hacerlos acarrear hasta la llanura a espaldas de pobres indios, a lo largo de ochenta leguas de una montaña que hace sudar, estoy por decir, al bajar como al subir. Por otra parte, me ha dicho el padre fray Gaspar de Santa María Valdés, lector jubilado y antes provincial de los padres menores observantes en la mencionada provincia de Quito, en donde ha estado treinta y cinco años, que, sea por el olor o por el color, o blanco o rosado, las vasijas de estas tierras no envidian en nada, pero en nada, a las de Chile o de Guadalajara. Que las mayores y mejores fábricas están en San Juan Evangelista, en Pugili,⁷ y en Popayán: el primero distante media legua, el segundo doce y el tercero cien leguas de la ciudad de Quito. Que no [se hacen] solamente vasijas para beber de todos tipos, sino alcollas, garrafas, platos y ollas, en fin, todo y a veces hasta ladrillos; habiéndome dicho a este propósito, que en una de las esquinas del claustro mayor de su convento de Quito hay un pedazo de enladrillado de esta arcilla, que cuando se riega para barrer se diría que se entra en una recámara de búcaros de las Indias de los más preciosos. Me decía asimismo este buen religioso, que esta gran abundancia no hace dismi-

⁴ En la misma época Gemelli Careri aconsejaba: "En cuanto a mercancías menos nobles, se podría comprar en América... vasijas finas de arcilla que nosotros llamamos *buccari*, y especialmente aquellas que son de color más púrpuro, o negras, que se hacen en Guadalajara, y las más grandes se obtienen por medio real cada una." *Viaje a la Nueva España*, tr. de F. Perujo, México, UNAM (en prensa).

⁵ A juzgar por lo que dice Antonio de Alcedo, *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1967, vol. IV, pág. 272, en la palabra barro, los búcaros de Natán debían de ser en efecto muy famosos: "Barro. De Natá, en la provincia de Tierra Firme y territorio de la ciudad de Natá; es encarnado y de mucha fragancia; hacen de él alcarazas, tinajas y otras muchas vasijas primorosas y labradas para tener el agua, que se aprecian mucho, y envían al Perú, por lo cual hace gran comercio de ellas."

⁶ Como es claro éstos no son nombres de océanos y no es fácil hallar a qué se refiere.

⁷ En Alcedo, *op. cit.*, vol. III, pág. 249: "...célebre por ser donde se fabrican las tinajas, barro, ollas y demás vasijas de tierra muy especial y de que hace un gran comercio para abastecer de estos utensilios las demás provincias, en que tienen mucha estimación; está 14 leguas de Quito."

nuir su estimación en el país, ya que los habitantes de los lugares en donde éstos se elaboran los mandan alrededor como regalo a los amigos que viven en la misma provincia. Incluso el buen padre rebuscó un buen rato en un cajón, para encontrar una carta de un guardián de su orden, que le escribió acompañando dos cestas de estos barros que le había mandado a la espalda de dos esclavos, para regalarlos él a todos sus religiosos, y me añadió: Créame su señoría que unos pocos que me quedaron en la celda, mantenían en ella una fragancia de paraíso.

.....

Ya he dicho que acerca de los búcaros de las Indias no tengo el ánimo de entrar en ciertas minucias, como bien o mal hice al hablar de los de Portugal, y sería una simpleza pretenderlo. Los indios no vienen a Europa, y aunque vinieran sería lo mismo. Los españoles que van o están en las Indias tienen otras ocupaciones que la de doctorarse en búcaros, y los comerciantes encuentran allí diez negocios mejores que hacer. En España no es esta mercancía que se vende sino cuando alguien muere, o se va algún forastero, y, habiéndolos reunido por regalos, y apreciándolos poco, quiera sacar unos cuartos. En tales ocasiones se suelen encontrar bastantes, pero se venden en seguida, y la suerte es de quien llega primero; y si alguna vez, a hurtadillas quedan en manos de un chamarilero, o, con otras cosas de las Indias, le caen a uno que comercia en ultramarinos, y que quiera deshacerse de ellos, si la curiosidad os hace caer en preguntar algo a uno de éstos, todos os responderán del mismo modo: *Nosotros no sabemos; es cosa que viene de allá.* O bien: *es cosa que viene de Indias, no sabemos más.*

No se puede callar, pues es muy buena, la respuesta de una monja de Madrid, en ciencia de barros muy autorizada, o, por decir mejor, infalible, y como tal elegida entre mil por el señor Gio. Lorenzo Francini para consultarla sobre la época de la primera aparición de los barros de las Indias en la corte de España. Tras una solemne carcajada, como si aquel buen gentil-hombre le hubiera preguntado la mayor sandez de este mundo: —*Jesus, Jesus: quanto tiempo ha que ay barros de Indias en España! ¿Y quien puede dezir esto? ¿Y que se le da a V. M. de apurar noticias de este género? Mire D. Lorenzo lo que haze. ¿Quien le mete a V. M. por el amor de Dios, en estas ypocondrias de querer saber desde qual año a esta parte parecieron por aca cascós de las Indias? ¡Jesus, Jesus, curiosidades de estrangeros!* Y con esto el examen fue concluido, y quedó suspendido el proceso. Lo mismo, más o menos preguntando a gente que había estado en las Indias: a las personas de calidad no es tan fácil interrogarlas sobre bagatelas de este tipo sin tener con ellas un trato muy familiar e íntimo, que no todos lo tienen, y entre las personas comunes se encuentra las más de las veces quien os cuenta cuentos chinos, y os dice tantas historias en cosas que se reconocen evidentemente

como historias, que aunque mezclase alguna verdad no sabríaís qué creer. Las damas los buscan y los tienen por gusto, no para estudiarlos. Las personas de rango y los curiosos no salidos de España, si quisieran tener acerca de ellos noticias algo claras, encontrarían las mismas dificultades que encontramos nosotros, y no hay por qué asombrarse, teniendo presente que estas noticias deben venir de un país que no tiene su fuerte en la curiosidad ni en la erudición de la historia natural. Y, para dar razón a todos, no hay por qué asombrarse ni escandalizarse tampoco de los españoles nativos de las Indias, más que lo que sería natural que ellos se asombraran o se escandalizaran de que un caballero o de una dama que vive en España, no hubiera hecho un estudio particular sobre los barros de Alcorcón, que en Madrid se venden a dos cuartos cada uno. Los barros de Guadalajara que nos parece que los robamos cuando podemos conseguirlos a un peso de a ocho y fuera de alguna buena ocasión, y aun comprándolos en abundancia no es poco dar por ellos el doble, en México a un peso de a ocho la docena es como ir, como se dice, por los huevos al gallinero. De los negros de Natán, que son los más estimados por el olor, no lo sé cabalmente, pero la diferencia puede ser bien escasa, por ser a fin de cuentas toda tierra que está disponible para quien la quiera: el que quiere hacer vasijas las hace, a la buena de Dios, como se ve, los cuece, y cuando encuentra cómo cubrir el gasto del fuego, con poco que gane sobre la hechura le basta. En una palabra, señora marquesa, y Dios sabe si se rompe el corazón por tener que decirlo: los búcaros de las Indias en las Indias no valen gran cosa más que las ollas en Firenze y que los braserillos en Roma. Ahora bien, ¿asombro o escándalo porque los indios no hacen mayor honor a sus cacharros que el que nosotros hacemos a los nuestros? Oh, pero los portugueses aprecian de otro modo los suyos. Es muy cierto; ¿mas qué quiere la señora marquesa? Los españoles de las Indias no son así. Pero quizá también lo son: más bien, lo son absolutamente, pues ellos igualmente los estiman muchísimo, y el poco precio que cuestan no es defecto de estimación, sino de demasiada abundancia, y otro tanto ocurre en Portugal. ¿No ve? Con toda la estimación que los portugueses tienen por ellos, sin ese poco que escribe el padre Vasconcelos, para saber algo sería menester ir o escribir a Estremoz o a Lisboa. Ahora bien, el viaje a las Indias, sea para los hombres o para las cartas, es más largo que a Portugal. De aquí vienen los ordinarios cada quince días, de allá una vez al año. Y con todo, es menester ir con calma: y en vez de tomar lo poco que se sabe de los barros de las Indias y lo poco que valen en el lugar por desdoro de los mismos barros, es menester tomar lo primero como efecto de la distancia, y lo segundo, como decía, de su gran abundancia.

.....

.....Por ahora se trata de esto: que aquellos baratísimos precios de los indios, al pasar el mar se vuelven caros, y mucho; y la señora marquesa

lo debe de saber mejor que yo. Me dice el señor marqués de Castiglione, que nada más llegar él a Madrid, que fue hacia fines del 61, habiéndolos menester y queriéndolo quitar de manos de monjas o de otros particulares, un barro de Guadalajara o de Natán que fuera apenas grandecillo y algo razonable, *dos doblones, tres doblones*, éste era su precio corriente. Ahora debemos dar las gracias a las calamidades de Europa, porque estas joyas de primera mano están por los suelos, habiendo tenido yo noticia por un amigo de Cádiz, que puede decirse lugar que puede servir de base para una evaluación un poco menos irregular de este género de mercancía, de que se escoge por medio peso de a ocho y a veces incluso por algo menos, uno cualquiera.

Pero esto aún es nada respecto de lo que me queda por decir para redimir a los barros de los prejuicios de su primera extracción. A pesar de que en Madrid es muy conocido y muy acreditado el nombre de los búcaros de Natán, con todo, al hablar de los búcaros de las Indias, todos caen corrientemente bajo la denominación de barros de Chile y de Guadalajara. Creo que la razón es que de Chile, además de los rojos, que allá son los más apreciados (acaso merced a su color), vienen además negros, y aunque tengan otra nobleza los de Natán, no obstante, siendo la vista más obvia que el olfato, creo que para abreviar se confunden los unos con los otros.

Por otra parte, compitiendo con las otras dos clases, los de Chile son los menos estimados por el olor, y los más por la hechura, siendo absolutamente los más galanos, los más adornados, y, en su género, de mejor dibujo que todos los demás de las Indias; y ha faltado poco para que escribiera y de Portugal. Es cierto que los rojos particularmente en el color, en el adorno y en el brillo superan en mucho a los de Estremoz. Acerca del dibujo no puedo dar un juicio general, porque de los de Estremoz he visto de todas clases, y de los de Chile, poco más que vasos para beber, y en este orden creo que al menos no haría mal servicio a los portugueses haciendo el rescripto que hace en ciertos casos la Sacra Rota, *Illustrissimis Dominis placeret concordia*.

La razón de este gran refinamiento de los de Chile es que hoy está la *fábrica toda en manos de monjas*. El único lugar en donde se hacen está en Santiago, ciudad capital de aquella parte del reino, que se considera entre las antiguas conquistas de la corona de Castilla, si bien hoy por hoy, o iluminadas las mentes, o suavizados los corazones de esa orgullosa nación, habiendo pedido y obtenido como único pacto ser tratados como súbditos y no como esclavos, se hayan entregado casi todos de buena gana bajo el gobierno de los tribunales reales, que fuera de algunos pocos y rarísimos casos, en los que reconocen la superioridad del virrey del Perú, actúan en todo lo demás como soberanos.

En Santiago pues las mejores, y puedo decir las únicas trabajadoras son las monjas, porque aunque las muchachas españolas e indias que sirven a las monjas, como en Santa Clara en Nápoles, en hábito seglar, o las que están como educandas en aquellos monasterios, también trabajan, con todo, cuando salen de ellos, encuentran diez diversiones mejores, y aun si por pasatiempo

se ponen a hacer alguno, es solamente para regalarlo, y no para hacerlo como oficio, aunque, si quisieran, podrían, no existiendo para ello ninguna prohibición; pero quizá Dios no lo permite para no quitar esa renta a estas buenas religiosas. Hombres, ni en Santiago ni en otro lugar en todo el reino, hay ninguno que por milagro ejerza semejante profesión; y no obstante los trabajos son muchos: pero tampoco son pocas las trabajadoras, contándose en sólo cuatro monasterios que hay en Santiago, mil monjas, que viviendo, se puede decir, de esta única manufactura, de la mañana a la noche, quitadas las horas del coro, no hacen otra cosa, y con tanta facilidad y presteza, que me ha dicho un padre jesuita catalán, procurador de Chile, que pasó por aquí últimamente [yendo] hacia Roma, que en una sola cuaresma que él asistió a uno de aquellos monasterios, no sé si para el sermón o para la confesión, las monjas de aquel único monasterio los fabricaron para doscientos arcones, de los cuales a él le tocaron no recuerdo si seis u ocho. *Barros y dulces*, me añadió, son la paga que más ordinariamente corre para los trabajadores evangélicos en aquellas viñas. Es más, en ésta y en otras ocasiones de regalos solemnes la costumbre es hacer marchar a la cabeza de las vasijas y de las cajas, un gran cántaro del mismo barro, todo lleno alrededor de [otros] más pequeños.

Este trabajo se hace todo a mano, y sin usar nunca moldes de ninguna clase. Cuando están hechas las vasijas y secas a la sombra, las bruñen con un palillo o con una punta de hueso, metiéndola entre los trabajos de bajo relieve, y descubriendo todos los realces y todos los huecos con una lentitud y una diligencia increíble. Bruñidos, los ponen a cocer en ciertos hornillitos hechos a propósito, y después de cocidos vuelven a bruñirlos por segunda vez, y entonces solamente a aquellos pocos que quieren engalanar más que a los otros, los retocan con oro o plata u otros colores.

Los rojos son del color natural de la tierra. Todos los demás colores, a partir del negro (del cual no me conviene hablar ahora, bastándome sólo decir que es el único que se empasta en la masa), son simples veladuras dadas sobre la arcilla blanca de las vasijas ya formadas, antes que seque; y estos colores no son sino cenizas de diversos materiales, quemados con un arte tal, que o pase a las cenizas su primer color natural, o nazca de él uno nuevo. Cuando los han pintado, secado y bruñido la primera vez, como ya he dicho, los cuecen, y, al cocerlos, los colores se les incrustan en una forma, que no sólo soportan el segundo bruñido, sino el uso continuo de manosearlos y volverlos a manosear, mojarlos y volverlos a mojar todo lo que se quiera. No ocurre lo mismo con los colores dados después de cocidos, los cuales se descascaran muy fácilmente, así como la plata y el oro desaparecen.

Las hechuras de estos barros son muchas y diferentes, y creo, en una palabra, poder decir más o menos lo mismo que de los de Estremox, pues se hacen también de éstos de Chile para el uso y para la curiosidad. La abundancia mayor es de vasos para beber, que, como más fáciles de transportar, son los que vienen sobre todo a Europa. Hacen además cántaros, o,

como dicen ellos, tinajas, grandes a semejanza de las nuestras y mayores, pero más para lujo que para uso. Otras aun medianas para agua, que tienen también ellos la opinión de que se conserva mejor en esta tierra que en cualquier otro tipo de vasijas en su frescura natural. Otros ciertos cantaritos más pequeños, para mantenerla caliente junto al fuego, y aun para ponerla a calentar, pero más bien sobre las cenizas calientes que sobre las brasas, que, apenas un poco fuertes, no logran soportar. Soportan en cambio el chocolate muy caliente las jícaras, que allí no se acostumbran sino de esta misma tierra, particularmente de la negra, me imagino que para no verlas manchadas. Además, vasijas y jarras grandes para tener sobre las mesitas como adorno, cantimploras con sus garrafas, fuentes, platos llanos, soperos, y hasta cucharas y tenedores, pero de poco uso. En alguna pequeña iglesia se ven todavía candiles, lámparas, vasos y candeleros de altar.

En cuanto al brillo de éstos y de todos los demás barro de las Indias, corre la opinión en España de que se da artificialmente con un *betún*, o barniz de composición muy ordinaria: quien dice con vidrio, quien con plomo, y esto basta para hacer que nadie se lo lleve a la boca creyéndolo una especie de corrosivo. Sobre esto discurren con una cierta filosofía, que, si la cosa fuera cierta, no dejaría de ser razonable. Dicen que este barniz es una defensa del olor, puesto que obstruyendo por la parte externa de las vasijas los agujeritos de los poros, a través de los cuales habría una gran pérdida continua, y devolviéndolo hacia dentro, lo hace permanecer como preso en aquel aire muerto que se detiene en la cavidad de las vasijas. Y de hecho observan que generalmente todas las vasijas que tienen olor, por dentro, dos dedos bajo el borde se ven toscas, para que, dicen, el olor tenga libre exhalación; y, a decir verdad, la experiencia hace ver que las barnizadas por ambos lados, sean de donde fueren, son las que menos huelen. Y de aquí que, para juzgar el color de la tierra es menester mirar por dentro, donde permanecen en su ser natural, no por fuera, donde las más de las veces están pintadas y siempre barnizadas.

Estando a este rumor y fama públicos que corren en España, decidir ahora si este brillo es barniz o bruñido, me parece algo aventurado; tanto más que hay testigos de vista por una y otra parte. Para el barniz, un caballero español criollo de Chile; para el bruñido un religioso muy serio que ha estado en Chile treinta años. Con todo, yo diría así extrajudicialmente, que la cosa podría reducirse a una cuestión de nombre y que podrían tener razón los dos. El caballero reconociendo como brillo únicamente el de las cenizas de colores con que se pintan los barro aún frescos, las cuales luego al cocerse es cierto que no pueden pegarse sino por una especie de ligerísima vitrificación, lo que explicaría también el otro proceso, que semejante *betún* fuera plomo o vidrio; es más, de este modo podría ser lo uno y lo otro, pudiéndose dar el caso de que entre estas cenizas hubiera alguna preparación de plomo, la cual sucesivamente, al cocerse, pasase a vidrio. El religioso, no teniendo en consideración ninguna de estas cosas, y reconociendo únicamente como brillo

el último bruñido que se da a los barros sobre este mismo esmalte cuando están cocidos. La única dificultad quedaría en cuanto a los rojos, que, sin más ayuda de cenizas o de esmaltes, reciben el mismo brillo por el simple bruñido. Pero sobre esto dejaré estudiar a la señora marquesa, suscribiendo desde ahora su decisión.

Sea como fuere, es curioso que en España, donde tienen tantos escrúpulos para comer en estos barros brillantes (escrúpulo que no tienen en absoluto las españolas de Chile ni las indias), haya tanta afición por beber en ellos copiosas infusiones, como diré en breve. No sé en cambio si las señoras y en general todas las mujeres de España, que, feroces devoradoras de estas tierras, habían sustituido los barros de las Indias por los de Maya,⁸ como los más lejanos de la menor sombra de imaginado veneno, tengan igualmente escrúpulos para comerlas, luego que los confesores han comenzado a hacerles considerar pecado mortal tragarlas, viendo por experiencia el grandísimo daño que reciben las complexiones por usarlas con tanto exceso, y más las más tiernas, como las de las muchachas que contraen por ellas oclusiones muy obstinadas y a veces incurables.

La forma de estos barros de Chile, por lo menos de los que he visto, las más de las veces es redonda, comenzando desde el pie con un cuerpo esférico que tras un gollete muy estrecho va ensanchándose en una pared lisa y plana, o bien (como es por lo general) con uno o más realces, yendo por último a terminar en un labio muy amplio a modo de taza puesta al revés, con el borde casi siempre en pequeñas ondas. Se ven también algunas tazas oblongas y planas, es más, sin nada de pie, con las orillas enroscadas hacia dentro con una media voluta, que deja en los dos extremos la embocadura para los labios, muy semejante en todo a esas tazas de plata de Augusta que se hacen en esta forma por la comodidad de llevarlas en el bolsillo a la caza. De los barros de Chile enteramente lisos, no sé si habré visto más de uno, que lo tengo aún, que me parece que debe de ser de los de la fábrica más ordinaria: los otros, que me imagino son de los de las monjas, están externamente todos cubiertos por bajorrelieves muy regulares, pero sin figuras ni de hombres ni de animales, y sólo decorados grotescamente a capricho, que, de no saber lo contrario, se diría más bien trabajo de forma que de punzón. Son además estos barros de Chile los más finos que se hacen en todas las Indias, aunque no lleguen a la delicadeza de los de la Maya, y en otro tiempo lo eran todavía más; pero la gran dificultad con que se transportan enteros en el largo camino que deben hacer, a hombros, desde Santiago a Buenos Aires (ya que los que van a Lima y a todo el Perú hacen el viaje por mar), y acaso el poco garbo para embalarlos, ha obligado a hacerlos algo más resistentes. Todas estas ventajas no sirven, con todo, para resarcirlos del prejuicio del olor en la estimación común, sin excluir la de los mismos conterráneos, los cuales (como me parece que ya he mencionado) aprecian incomparablemente más cualquier búcaro de

⁸ Nombre que se daba a un tipo de barros o búcaros de Portugal.

Portugal, que otro sea cual fuere de las Indias, ya sea de ellos o de los de tierra de México.

Los segundos hacia arriba son los barros de Guadalajara, ciudad que da el nombre a su provincia, llamada de otro modo Nueva Galicia, sólo separada de México por la provincia de Michoacán. Éstos son superiores a los de Chile en el olor, y, con todo, en la estimación, aunque muy notablemente interiores en el color, en el dibujo y en la finura, siendo no sólo poco delgados, sino bastante burdos. La tierra es semejante a un yeso de color, si no hablara de cosa tan preciosa, blanco sucio; pero en favor de los búcaros, y en homenaje de quien tanto los distingue con su estimación, diré de color entre el argentino y el perlado; pero dignese darme crédito la señora marquesa, que bien le sirvo. La forma sí que es muy noble, por lo menos la que se ve en la mayor parte, porque yo creo que es la primera que le vino a la cabeza a quien se le ocurrió por primera vez amasar un poco de tierra para adaptarla al uso de beber en ella un poco de agua con mayor comodidad que recibéndola de la fuente, o llevándosela a la boca con las manos: una escudilla bien honda sin pie, con el fondo aplastado, la orilla un poquito enarcada hacia fuera, y dos pequeñas asas, ni más ni menos que lo que es menester para poner en ellas, y aún apenas, la última extremidad de los dedos. Los que he visto algo más graciosos, son unos cantaritos, también éstos sin pie, con un cuerpo esférico que tiene una embocadura en proporción demasiado ancha, sobre la cual pasa un cuello no muy largo, que sube derecho derecho, rodeado por un borde. Todos éstos me parece que son por lo general del color natural de la tierra; solamente pintados, unos más y otros menos, con ciertos arabescos rojos y negros, con un dibujo del mismo gusto que los que los cocineros y reposteros hacen con los dedos en las orillas azucaradas de los platos. Hay aún algunos otros todos con una veladura de un color rosáceo, y sobre ésta pintados con arabescos de un blanco lechoso, con la forma o de los tazones mencionados, o de ollas con poco pie y no de gran cuerpo, o liso o acanalado, con una o dos asitas, y éstos están comúnmente teñidos de rojo también por dentro, y no abillantados sino por fuera. En el perfil de algún pedazo de estos barros, sobre todo hacia el pie, en donde suelen ser bastante más ricos en metal, he observado a veces un alma algo más negra que el cuerpo, y, habiendo hecho segar algunas rajitas de él, y habiéndolas mandado a Madrid para conocer la opinión de los peritos, me he cerciorado de que no hay en ello misterio alguno; solamente que lo negro es un barro más ordinario y más fuerte que la costra que lo reviste por dentro y por fuera.

Esto es todo lo que hasta ahora se ha visto de Guadalajara: pero si me resulta verdadera, como no dudo, una noticia que me ha dado hace pocos meses un amigo que negocia en el Puerto de Santa María, joven de gran espíritu, curioso, delicado y de gusto muy refinado, yo digo, señora marquesa, que estamos próximos a ver cosas dos veces del otro mundo. Dice que hoy día han sido introducidos en diferentes lugares de la Nueva España maestros excelentes, y que, además de haber mejorado el dibujo de las vasijas, las

pintan con flores al natural con tanta gracia, y de colores tan vivaces y tan semejantes a los reales, que merecerían alguna admiración incluso de nuestros pintores de flores. Y, para domesticarme el intelecto a admitir esta gran habilidad en los modernos indios de occidente, me añade que los mismos trabajan actualmente en paisajes y en figuras hechas todas con plumas de aves, con un esmero y con un gusto tan pintoresco que es cosa de pasmarse; y concluye que si me cuesta creerle, mi incredulidad no tendrá vida más larga que de aquí a la llegada de la flota, ya que está él decidido a convencerme con las pruebas de uno y otro trabajo.

Esta espera me tiene con igual impaciencia que la curiosidad que tengo de conocer esas manufacturas; pues confieso que nunca he sabido conciliar la tosquedad y el horrible dibujo de los búcaros que nos traen de la Nueva España, con las maravillas que se leen del famoso mercado que tenía lugar en la real Ciudad de México, en la plaza mayor de ésta, llamada Tlatelulco: en donde al lado al lado, y casi en competencia con aquellas admirables manufacturas de oro, de las que dice don Antonio de Solís⁹ que dieron de qué hablar a los más excelentes plateros de España, se cuentan las tiendas de búcaros y de otros trabajos delicados de barro finísimos, diferentes en los colores y en la fragancia, en los que elaboraban con excelencia extraordinaria cuantas clases de vasijas puede requerir el servicio y el ornato de una casa.

Para conciliar lo que se lee con lo que se ve, podría decirse que quien vio, o no era juez competente de lo que merecía o no merecía estimación: o que, siéndolo, al referirlo se deleitara en exagerar. Pero ni lo uno ni lo otro cabe en el caso presente. Lo primero no porque quien vio, salía de un país en donde había tanto para formar el buen gusto como para no necesitar ir a estudiarlo entre los bárbaros; y en donde la admiración no se excita así por poco, ni en consecuencia la estimación se da así *gratis*, particularmente cuando se trata de que ésta debe salir del país. Lo segundo no: porque quien escribió, por lo menos el primero, fue el mismo que había visto, Bernal Díaz del Castillo, soldado de gran valor, y que, por mucho su envidia y su ambición lo hayan a veces ofuscado al juzgar las acciones de los hombres, nadie le ha atribuido nunca este defecto al juzgar el mérito de las cosas. Las que tampoco puede decirse que haya visto sólo con sus ojos, ni juzgado sólo con su discernimiento, como podría presumirse de un simple soldadito que se hubiera puesto a escribir por el impulso de su propia curiosidad, habiendo Bernal Díaz escrito, si no precisamente por orden, a sabiendas y con la aprobación

⁹ Solís, Antonio de, *Historia de la Conquista de México*, 1684, lib. III, cap. XIII: "Era entre todas la plaza de Tlatelulco de admirable capacidad y concurso... Eran muy de reparar los búcaros y hechuras exquisitas de finísimo barro que traían a vender, diverso en el color y en la fragancia, de que labraban con primor extraordinario cuantas piezas y vasijas son necesarias para el servicio y el adorno de la casa." El libro de Solís fue traducido al italiano por Filippo Corsini y apareció en Florencia en 1699. Anota Praz en la n. 2 de la p. 138, *op. cit.* que Magalotti hizo un elogio de dicha traducción en una de sus composiciones poéticas.

de su general, lo que quiere decir, que ha visto con los ojos, y juzgado con el entendimiento de todas las personas más notables que sirvieron en aquella empresa. Y por lo que toca a la exageración y a los embellecimientos, su mismo modo de escribir elimina la sospecha, por reconocerse en él la negligencia, incluso la rudeza, que, salvo en los casos en que el interés por perjudicar al compañero puede hacerla sospechosa, suele ser siempre el carácter más auténtico de la verdad.¹⁰

Decir que ha habido siempre estos maestros, y que se han mantenido siempre en la misma perfección, pero que las vasijas mejores se han quedado siempre en el país, y que a nosotros han llegado siempre las ínfimas o las más toscas, esto me parece un despropósito. Pues que, o los búcaros se consideran una mercancía, que no lo son, o un regalo de simple curiosidad o galantería, como en efecto son; cosa cierta es que, en uno y otro caso habrían siempre de mandarnos los mejores, y particularmente en el segundo, dado que los que los mandan no son los mexicanos sino los españoles; gente, si hay alguna en el mundo, la más fina y la más profusa para regalar, y que ha autorizado las máximas de su propia generosidad asentando en un proverbio: *u no dar, u quedar bien*.

Será pues menester, si estos exquisitos búcaros llegan (para no caer en anacronismos), llamarlos nuevos, en el sentido en que se llaman nuevos los frutos de la tierra, aunque los haya habido el año anterior. De los búcaros será un poco más, porque me parece que se han cumplido cientosetenta y cinco años que la feria de Tlateluco se hizo por última vez. Me imagino que, a medida que estas vasijas han ido gustando en Europa, ha aumentado el ánimo de aquellos buenos indios; y puesto que ciertos talentos, diré, radicales de las naciones no se pierden tan rápidamente, en particular donde una larga y forzosa costumbre de aplicaciones del todo diferentes no llega a acabarlos de desarraigar, el ánimo habrá fácilmente despertado la industria, y la industria la emulación, madre siempre feliz de refinamiento y de exquisitez en todas las cosas. Acaso también haber visto las porcelanas, y sobre todo los búcaros de Chile, habrá hecho su efecto, y los mismos españoles con un poco de aplicación y estando alrededor de aquella buena gente, y picando su honor contándoles lo que hacían sus viejos, habrán conseguido lo que se consigue siempre en todos los hombres cuando se toman por la buenas y no se pretende sacarlos de su natural.

En cuanto a las pinturas de plumas, me llegarán poco más o menos tan nuevas como los búcaros. Más, porque de tan buena mano como me hacen esperarlas, nunca las he visto. Menos, porque ya se sabe que ésta fue la

¹⁰ Con todo, claramente no fue la obra de Bernal la que más interesó a Magalotti. Como se ve por sus mismas citas en estas cartas, el libro que mejor conoció o al que más crédito dio acerca de la Nueva España, es el ya mencionado de Solís, y todo lo que infiere de la historia o de la vida de México se apoya en él. Si bien reconoce el tono inmediato y genuino de Bernal, no deja de considerarlo un soldado, mientras que en Solís ve al docto escritor.

manufactura más célebre, la favorita y la más a la moda en la corte de México; lo mismo casi que la de las piedras duras en la corte de Toscana. En aquel país, se puede decir que las aves, por la inmensidad del número, por la multiplicidad de las especies, por la delicadeza de las plumas, por la variedad y por la vivacidad de los colores, sirvieron como lanas y sedas a los tejedores de brocados, a los tapiceros, a los bordadores: como maderas de colores y nácar a los taraceadores, como esmaltes a los miniaturistas, como filigranas a los plateros, como follaje en los adornos, como tocas de gasa, como velos en las pompas, como cintas en las galas, en suma, como atavíos universales para suplir todas las exigencias del lujo, de la curiosidad y de la galanura. Así pues, no hay por qué asombrarse de que en los parques reales más reservados se mantuviera siempre de continuo un número infinito de las aves más raras, no solamente por fausto, sino por utilidad, ya que cada año, en las estaciones propicias, como entre nosotros se trasquila a las ovejas, los pelaban vivos, para obtener la pluma, de la cual, puesto que eran muchos los usos, el principal y más maravilloso era el de servirse de ella para estas pinturas, eligiendo, mezclando y distribuyendo con paciencia indecible los colores y los matices, y manejando los claros y los oscuros con tanta maestría, que sin la ayuda de pincel ni de otros colores más toscos, llegaban a representar cualquier cosa, hasta a reproducir lo natural.¹¹ Puede ser que este arte, después de haber resentido también durante largo tiempo los prejuicios que irremediamente tocan a todas las demás en la ruina de los imperios bajo los cuales han florecido, renazca ahora con la adquisición de ese mejor dibujo que puede haber introducido la observación de las pinturas que de Europa han ido allí, y, si no otras, de los retratos, que no puede no haber muchos de Velázquez, de Carreño, de Quiñones,¹² y de otros excelentes retratistas españoles; y que en donde antes no había más que admirar que la diligencia, hoy día haya como complacerse con algún contorno un poco más en su lugar: basta, veremos.

No puedo retardar más decir unas palabras acerca de algunos archibúcaros aparecidos últimamente en Firenze, de los cuales hice una mención en mi primera carta diré . . . que éstos son dos barros de Guadalajara en forma de tinajas para aceite, y con capacidad para seis o siete barriles cada uno. Son blancos, y pintados sólo como de costumbre, y quizá más que de costumbre con la escoba, con unos arabescos rojos. Ya se imaginará usted que

¹¹ Todo este fragmento sobre el arte plumaria está también tomado de Solís, *op. cit.*, lib. III, inicio del cap. XIV. En una reciente publicación: Detlef Heikamp, with contributions by Ferdinand Anders, *Mexico and the Medici*, Quaderni d'Arte, Florence, Edam, 1972, aparecen ilustraciones de objetos de carácter religioso, ya de factura colonial, de refinadísima hechura, en donde el arte plumaria está usada en vez de pintura. Algunos de ellos se conservan en Florencia, procedentes con toda evidencia de la corte de Toscana, es decir del mismo ambiente cultural que Magalotti refleja. Véanse especialmente las láminas 18-27.

¹² Don Juan de Carreño de Miranda (1614-85). Bajo el nombre de Quiñones no se conoce ningún pintor español de la época. V. *Lettere sopra i bucheri*, ed. cit., p. 141, la n. 2, de Praz.

no me han sido regalados a mí, y sírvale de noticia saber que están en la galería en la sala de las porcelanas.¹⁸

.....

CARTA VIII

Belmonte, 20 de septiembre de 1695

.....

Quedan los [búcaros] más preciosos y más delicados que todos los otros, que son los de Natán, ciudad del reino de Tierrafirme y para las Indias no pequeña y muy poblada, situada entre el puerto de Darién y Costarrica o Veragua, a veinte leguas de distancia hacia mediodía del promontorio y puerto de Panamá, metrópoli de ese reino. Así pues, en el distrito de Natán se encuentra en abundancia una arcilla que puede decirse las Indias de aquellos pobres indios, que la riqueza del olor que de modo natural está amasado en ella, suple mucho más espléndidamente sus necesidades que la riqueza del oro y la plata suple nuestras superfluidades. De aquí que en Natán toda la plebe trabaje y comercie en vasijas de arcilla; y no puede concebirse la cantidad enorme que despachan no solamente a todo aquel pobladísimo reino y a la ciudad de Cartagena, que por la comodidad de la cercanía se provee toda allí, sino a las islas de Santo Domingo, Puerto Rico, Jamaica, Las Canarias, y aun a España.

Aquí en seguida empieza una discusión con los bucaristas, pues cada una de las tres razas tiene su partido: estando unos por los de Chile, como los más graciosos; otros por los de Guadalajara, como los más ricos; otros por los de Natán, como los más majestuosos. Pretender ahora decir quién tiene razón es buscar malquerencias por desatinos... Me dirá la señora marque-

¹⁸ Según Praz, v. *Lettere sopra i bucheri*, ed. cit., p. 142, n. 2, "De dos enormes búcaros adquiridos por Cosme III en febrero de 1693 Magalotti habla también en una carta a monseñor Strozzi el 16 de aquel mes... Desde 1866 uno de estos búcaros gigantes se encuentra en el Museo Nacional del Bargello", pero esto último no es del todo cierto. En efecto, el búcaro gigante se encuentra en dicho museo, pero ya desde principios de siglo no estuvo expuesto, como resulta por los catálogos del mismo, y ahora, habiéndose roto además, está en el depósito. Desde la fecha que cita Magalotti hasta 1866, el búcaro de "...tierra de Guadalajara de Indias, notable particularmente por sus dimensiones", recorrió diversos museos florentinos: v. Campani, *Guida per il visitatore del R. Museo Nazionale*, Firenze, Tip. Bencini, 1884, p. 83. En *Mexico and Medici*, op. cit., p. 25 y n. 99, se dice que estos búcaros de que habla Magalotti son los que aparecen en las láminas 50 y 51, pero hallo sólo referencias alusivas, y nada que pueda en verdad demostrarlo. Se trata de búcaros de Indias que llegaron a la corte medicea, y que se conservan hoy en Florencia en el Museo degli Argenti, sin que de su edad pueda decirse más. Véanse las láminas 50-53.

sa que yo me hago el misterioso después de haber propalado mi voto al decir que los barros de Natán eran los más preciosos y los más delicados de todos. Yo declaro que he hablado según la costumbre, no según la ciencia, la cual, aunque esté dispuesto a comunicar sin envidia, confieso que en este caso no puedo decir que la he aprendido bastante por mí mismo...

.....

No puede con todo negarse que la voz y fama pública están a favor de los negros de Natán: y yo observo que de cuantos barros he visto ligados con oro y plata, la mayor parte eran de éstos; de Chile pocas y de Guadalajara ninguno. Verdad es que de esto no me fío mucho, pudiendo la cosa venir primero de opinión, y en segundo lugar, del mejor resalto que el oro y la plata hacen sobre el negro que sobre el rojo y sobre el argénteo. Pero hay otros fundamentos más sólidos sobre los que considero que puede apoyarse esta primacía. Uno, su mayor rareza, siendo cosa cierta que en cualquier colección que me toca ver, los negros son siempre los menos. El otro, el olor...

.....

Su color es negro, más o menos brillante según el más perfecto barniz o bruñido, pero nunca tan resplandeciente como el bermejo de Chile. La forma, en la mayor parte, hermana carnal de la de Guadalajara, pero a pesar de esta semejanza de aspecto, la hechura, no diré dibujada un poco mejor, sino un poco menos mal. Verdad es que, como este es el siglo del buen gusto, de la delicadeza, de la galanura, es menester que también a los búcaros les toque su parte. Es cierto, en los de Natán yo veo este mejoramiento a ojos vistas, y creo que la razón es la misma que hace refinados también a los hombres: la estimación que se hace de sus talentos, y el premio que por ellos obtienen. Venían estas vasijas a Europa en un estado, por así decir, de pura naturaleza; pudiendo contarse por poco más que por naturaleza el arte de aquellos buenos indios. Si por su desgracia, las Indias estuvieran en manos de una nación salvaje, difícil, e insensible a los placeres amables y delicados, imaginémos de los moscovitas o de los samogetas, y los búcaros de Natán fueran a desembarcar en las bocas del Duina y del Oby, una de dos: o después de la primera vez no venían más, o, si venían, servían para beber en ellos o el aguardiente o algún absurdo brebaje, sin que nadie llegara nunca a darse cuenta de que sabían a algo, o, si se deban cuenta, corrían el riesgo de que aquella fragancia suya se bautizara más bien como hedor que como aroma. Su buena suerte, habiéndolos hecho súbditos de una nación, que, como decía el pobrecillo del marqués de Grana del conde Taaff, sabe *se battre en buffle, e vivre en demoiselle*, los ha hecho desembarcar en Cádiz, de donde, pasando a una corte la más delicada del mundo, y conocidos por lo que son, se han vuelto en seguida la moda, la curiosidad, la delicia de los grandes y de las mismas personas

reales, o si llega un forastero de rango, o enferma un caballero, o se sangra a una señora, en seguida se los ve correr Madrid en bandejas, en calidad del mayor de todos los regalos; en las galerías sobre los escritorios por lujo, en los gabinetes sobre las mesas como rareza, en los cuartos *de las señoras*, en los *escaparates para adorno de los estrados*; las monjas generalmente hacen con ellos un negocio particular y una ocupación continua realizándoles el olor natural con el artificial, perfumándolos con profusas lavandas de agua de ámbar, y con sahumerios preciosos de pastillas y de perfumadores; los plateros, los orfebres, convertidos todos en tejedores de filigranas de plata y oro para adornarlos con pies, mangos y tapas; los ebanistas no teniendo mayor trabajo que cajitas, bargueños, *arquitas* y *cofrezillos* de maderas preciosas para conservarlos; los reposteros, los perfumistas y los destiladores todos devanándose los sesos para sacar de ellos hálitos con simples contactos o varias infusiones; los hipocóndriacos que sueñan diez virtudes ocultas por debilidad; los médicos que siguen la moda por simplicidad o por adulación. Las flores ya no estimadas, las especias, los bálsamos declarados olores a la antigua, al ámbar apenas se le mira a la cara, el oro y la plata degradados, las joyas celosas; en fin, para ser en España algo, es menester en España ser barro negro a toda costa, y de todos estos aplausos, de todas estas caricias, de todas estas mercedes, ¿qué se sigue? Se sigue que en España todos los quieren, de México todos los mandan. El hombre, la mujer, el español, el indio, quién por viejo, quién por muchacho, quién por achacoso, quién por holgazán, quién por inútil, y quién por miserable incapaz de cualquier otro oficio, todos trafican con ellos, todos viven con ellos. El virrey, la garnacha, el soldado, el caballero, la dama, el cura, el fraile, la monja, cada cual porfía, cada cual cavila, cada cual los perfecciona: aquél lo empasta con almizcle, aquél con ámbar gris, aquél otro con bezoar; cada uno hace de ellos una diversión en casa, un capital de mérito, de amigos, de protección, de esperanzas en la corte. En la corte, el nuncio, el embajador, el enviado, el residente, el agente, cada uno aprende a conocerlos, todos hacen acopio, uno por delicadeza de ánimo, otro en homenaje a la moda, cada uno les toma apego, cada uno los manda, cada uno los lleva al pariente, al amigo, a la dama, al amo; poco a poco se van llenando de ellos Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, hasta las cortes del norte se aplican a ellos para apaciguar la ferocidad de las propias inclinaciones: por todas partes el curioso, el erudito, el filósofo los observa, los estudia, reflexiona acerca de ellos. El cortesano, el príncipe, una vez que llegan a conocerlos los aprecian, las princesas se adornan con perlas de ellos en las muñecas durante la conversación, en el pecho, en los cabellos, las damas se desviven por ellos, y por último, para colmo de gloria de estas tierras, la señora marquesa se enamora de ellos...

Los olores de todas estas tres tierras de las Indias están, no hay duda, en

la misma escala, teniendo todos por fondo el aromático del cual dije más que lo suficiente en las pasadas [cartas], pero las gradaciones no son iguales. Si el olor de la de Chile, que pongo en la gradación ínfima, es, digamos seis onzas del palmo romano, el de Guadalajara bien será nueve. Del de Natán la regla es más falaz, me parece, que en todos los demás. Más alto que el de Guadalajara suele ser siempre, pero cuánto, varía mucho, llegando, y aun pasando a veces los doce, lo que quiere decir el palmo entero. Yo me los encuentro hasta de quince o veinte, unos pequeñísimos que me regaló el año 73 don Pedro de Oritia, veedor general en Bruselas, que había estado varios años no me acuerdo si en Perú o en México. Puedo decir que semejantes a éstos no he visto ninguno y no obstante he visto muchos. Los reconocí en seguida como algo tan superior, que mandé en un paquete, no sé si una docena al gran duque. De los restantes regalé un par a cada una a varias señoras de Flandes y de Italia, para anudarlos como herretes a los cordoncitos para atarse al pecho la toquilla que entonces era palatina. Los que me quedaron han durado, durante este breve tiempo de veintidós años, sirviéndome muchas veces en verano de una especie de bálsamo seco, teniéndolos en un coco agujerado para olerlos, y mojándolos muy a menudo. Luego, las veces que los he empapado de agua para hacer sentir a mis amigos bárbaros qué es el barro negro, se cuentan por decenas y decenas. Son en verdad cosa profunda, y créame la señora marquesa que, en verano, en ciertos días fatigosos, en los de escribir particularmente, cuando a veces he pretendido regalarme teniéndolos en una porcelana delante de la carpeta cubiertos de agua, tomando de cuando en cuando un gran sorbo, no recuerdo haber podido terminar nunca el día sin quitármelos de enfrente; tan violenta era, y con tantos olores alterada aquella llama en frío del hálito que de ellos salía. Este año me he dado cuenta por primera vez de que han comenzado a disminuir un poco; pero estoy seguro de que a cualquiera, incluso entendedor de barros, que no los haya olido en su plenitud, le parecerán una gran cosa de todos modos.

Ya que estamos con estos bucaritos, diré a modo de comentario a lo que he dicho antes, que sirven también para adorno personal. Que su forma es de botoncillos redondos, ovals, peritas y semejantes; agujerados o por una parte sola para engastarlos en oro a fin de usarlos como gotas, adaptándolos a pendientes de orejas; o por las dos, para meterlos en collares, brazaletes, en hilos para atarlos a los cabellos, o solos o entremezclados con perlas, o con engastes de otras joyas; y a éstos, como a otros igualmente pequeños y de otra figura cualquiera, en España los llaman *Filis*,¹⁴ es decir Gracias, sirviéndose (no solamente en esta ocasión) del nombre de una ninfa graciosísima, como debía de ser *Filis*, como nombre de la gracia misma por antonomasia.

¹⁴ En el *Diccionario de Autoridades* (1726): "Filis. Juguetillo de barro mui pequeño, que solían usar las señoras, atado en una cinta prendida en el brazo."

Esta moda de gala se había puesto tanto en boga en Madrid entre las damas, que no bastando los Filis de las Indias, habían comenzado a falsificarlos, como siguen haciéndolo aún, imitando la pasta y sustituyendo el olor natural por el artificial. Con todo, en la hechura los falsos aventajan a los verdaderos, pues los hacen en forma de amorcillos, de corazones flechados, de pistolas, de puñalitos, y de otros jeroglíficos por el estilo, para llevarlos en el pecho, donde se ponen los ramitos de flores, y a la sombra de las mismas flores, uniendo así el olor al misterio, es más, haciendo el misterio oloroso y el olor misterioso. Y ya entre los intérpretes de estas jergas o jeroglíficos amorosos era inapelable que un amorcillo de barro rojo significaba amar y arder; uno de barro negro, amor sin esperanzas; una pistola, venganza; y así sucesivamente. Pero hoy que las miserias del siglo amortiguan el brío en todos los países, creo que tampoco en Madrid se ven ya Filis, ni se acostumbra ya misterios, por lo menos tan corrientemente como algunos años atrás. Yo espero varios que debieran estar actualmente en viaje por mar, y en cuanto lleguen a la señora marquesa se hará presente de uno como muestra. Digo de uno, porque, tratándose de búcaros, aunque falsos, para quien tanto los estima es exhuberancia de finura la sobriedad del regalo.

Todos estos barros de las Indias, es cierto que no mejoran en el mar, y cuando llegan a España, aunque el olor no cambie ni se pierda, se reconoce en ellos sin embargo el aturdimiento, y diré el mareo, por lo cual son pocos los que, algo más algo menos, no necesitan algún restaurativo. Los médicos más expertos de estos enfermos, me parece que son hoy en Madrid las monjas del monasterio de la Baronesa, que son recoletas carmelitas, a donde suelen ir más a menudo aquellas majestades, y más que todas la reina madre, y en tales ocasiones las monjas regalan siempre *barros aderezados*. Entienden por *aderezar un barro* quitarle el olor del mar, volviéndolo a su natural y realizándose con perfumes. El orden de esta ceremonia, por lo que consta en la declaración de una de estas señoras que hice que examinara un amigo mío, es el siguiente: nada más llegar de las Indias, a los no pintados sobre el cocido, ni adornados con oro o plata, los meten en agua limpia una o varias veces, y luego los ponen sobre los anaqueles de ciertos armarios o más bien estantes sin puertas, cerrándolos así por cautela con ciertos telares enrejados para usarlos como celosías, a fin de que vaya a ellos el polvo, que es importante que se les pegue, en tanto que están de ese modo húmedos, pues se pretende que aquella costra, reteniendo el efluvio del olor, se lo viene como a encerrar en el cuerpo. Habiendo estado varios días al tormento del polvo, los mojan bien bien por dentro y por fuera con agua de ámbar, y cuantas más veces tanto mejor. La última vez, cuando están secos (que secan en un momento), los ponen a perfumar con pastillas de fuego de las más ricas, y nada más sacarlos del *perfumador*, los guardan en cajas o cofrecillos, de ciprés, de cedro o de áloe. A los pintados, desde las inmersiones y las lavaduras en adelante, se hacen las mismas

ceremonias, y sólomente los que no han sufrido por el mar se dejan en su olor natural, sin preocuparse de cuidarlos, pero no obstante siempre guardados en sus cofrecillos, quitando aquellos condenados a los escaparates para quedarse expuestos en las salas de recepción. Y esto aún se podría admitir, porque éstos por lo menos tendrán siempre un cristal delante, y a menudo dentro un forro de ormesí, que sirva para quitarles aquel duro decúbito sobre la dura madera. Pero algunos que veo a veces sobre las mesas y en los escaparates, cuando en los mismos escaparates hay además una tacita de ágata o de ámbar amarillo, me vendría la buena gana, para sustraer aquellos malaventurados búcaros de ese oprobioso modo de morir por consunción, de cogellos y tirarlos por la ventana...

Pero volviendo al modo de guardar los barros, yo los trato con mayor cortesía aún: y habiendo tenido últimamente el honor de servir a la señora marquesa Berenice Vitelli arreglándole una gran galería, diré de qué modo he procedido. La primera cosa, hice perfumar las cajitas, pasándolas, durante ocho días, con una esponjita empapada en diferentes aguas de flores, pero más que en cualquier otra, en la de tribulos modificada con claveles. Luego las hice forrar de ormesí color perla, como color que se adapta mejor a servir al *teint* de cada tipo de barro, diluyendo la goma adragante en agua de flor de naranja toda hoja: por ser el tribulo y la flor de naranja, como me parece haber dicho en otra ocasión, las flores que ligan mejor con el olor de todas estas tierras. En el fondo de las cajitas puse almohaditas rellenas de algodón adobado durante varios días en el *perfumador*, primero con humo de bálsamo blanco en lágrima, y luego con el de pastas ricas hervidas en aguas de flores, a fin de atenuar un poco lo agudo del bálsamo, sin perjudicar su aroma tan rico y suave. Sobre estas almohadillas he apoyado los barros escogidos clase por clase, poniéndolos todos de pie, y enterrados de la mitad para abajo en el mencionado algodón adobado, para no impedir el comercio recíproco entre la exhalación de uno y otro barro, y porque, embebiéndose el mismo algodón, retenga a beneficio de todos el depósito del olor que recibe de todos. Dispuestos en esta forma, puse en cada barro un puñadito de pedacitos de piel de ámbar, y considerando que nada importa tanto como tenerlos bien resguardados del aire, que a la larga agota, por así decir, aquellauntuosidad suya en que se conserva el olor, habiendo hecho excavar, antes de forrar las cajitas, en el espesor del borde de las orillas de cada una de ellas una pequeña hendidura, y a falta de cedro y de áloe, hice adaptar en todas una tablilla de ciprés del más grasoso que he podido encontrar, fijando encima un nudo de cinta que sirva para poder levantar la cubierta sin tener que estropearse cada vez la uña, y que no impida sacar y volver a meter dentro la cajita. Volvamos al monasterio de la Baronesa.

No solamente estas buenas señoras, sino por lo general todas las curiosas de barros, tienen por máxima, es más, por ley fundamental, no tenerlos nunca fuera de los mencionados baulitos, sino cuando, una vez de cada cien, para regalarse a sí mismas o a alguna amiga que va a visitarlas, sacarán

uno para beber agua en él, y, secándolo de nuevo en seguida, lo guardan. Teniendo además un grandísimo cuidado: el que ha servido este mes, no se saca hasta el otro año, compartiendo siempre con exacta igualdad el peso de estos pequeños servicios, de modo que el uno no quede más agravado que el otro, y así cada uno tenga tiempo de recuperarse de la fatiga y de reparar los espíritus perdidos en aquel penoso ministerio.

La forma de estos conservadores es por lo general de cofrecillos oblongos, y si son cajas cuadradas tienen también la tapa como cofres, mayores o menores según la madera de que se dispone. De las maderas, la ínfima es el ciprés, y se trata de encontrarlo nudoso, porque el jugo y la grasa mayores están en los nudos. El cedro es mucho más estimado, y con razón encontré que viene de América, donde no goza de más estimación que entre nosotros el abeto; y, en efecto, ésta es la madera habitual con que se hacen las arcas de los pesos de a ocho y de las demás mercancías que vienen a España, donde se compite para hacer recipientes de éstos para conservar no sólo barros, sino vestidos, ropa blanca, escritos y otras cosas, así como en los países del norte se acaparan las cajas de ciprés para hacer de ellas mesitas y cofrecillos. Es con todo el olor del cedro bien diferente al del ciprés: menos lleno, esto sí, y acaso diría aún de menor duración, pero incomparablemente más dócil, más amable, en fin, de ese aromático alargado, que reina en todo el terreno de América. La razón de costar allí tan poco es la habitual de siempre, la abundancia; habiéndoseme escrito que, además de gruesas vigas y cabrios que se hacen para fabricar con ellos, se encuentran troncos tan enormes que se saca de ellos una canoa toda de una pieza. Antes de serrarlos para usarlos en las fábricas, acostumbra tenerlos a remojo un cierto tiempo bajo el agua, es más, consideran, por una singularidad del agua del lago en que está fundada la ciudad de México que los que remojan allí, se vuelven poco menos que piedra, y se apolillan menos que todos los demás. Su color tira al cerezo. El grano, en general, es muy apretado, y en consecuencia se le puede sacar brillo, pero está toda venada de ciertas líneas esponjosas pero estrechas, que me da el aire de que son como los conductos del olor. En Madrid, sin embargo, esta madera cuesta mucho más, pues me parece que una caja de pesos de a ocho cueste ordinariamente alrededor de seis de los mencionados pesos.

.....

La razón de mantener los barros de las Indias más en estas maderas que en otras, creo que esté en la cierta correspondencia que tiene su olor con el de los mismos barros, no que sea verdaderamente el mismo (como entre los colores no es lo mismo el azul turquí y el perlado), pero está al fin en aquella gama que cuando se ponen juntos no se les une nada extraño . . .

.....

Vuelvo a los barros por última vez, y digo sólo en unas palabras, que los usos de éstos de las Indias son los mismos que los de los de Portugal, con la única diferencia de que es tanto mayor el regalo cuanto es mayor el olor...

[Aquí Magalotti dice que ha probado las pastillas de barro de Guadalajara que ha encontrado excelentes, y que asimismo eran buenas las de Chile, pero que en las de Natán le molestaba el color (barro negro) y así, no habiéndoles probado, y luego de señalar que en su opinión el color negro de Natán debe de ser como el de Chile "un bellissimo negro de humo" empastado en la arcilla, propone dejar la prueba.] Si así parece a la señora marquesa, podremos reservar esta experiencia a la primera representación del *Convidado de Piedra*,¹⁵ y estará también muy de acuerdo con la costumbre, que en una cena dada por un caballero español como el gran comendador de Ulloa, los dulces sean todos pastillas de barro negro. Yo lo digo en broma, pero puede ser que desde hace mucho otros hayan hecho en verdad esta experiencia, no siendo nada inverosímil que el barro negro fuera tenido en gran consideración no sólo en la alacena sino en la repostería de Moctezuma, cuando él permanecía en aquel su palacio oscuro, llamado la Casa del Dolor, en donde acostumbraba retirarse a la muerte de sus más estrechos parientes, y en ocasión de calamidades públicas, o de otros sucesos infelices que requirieran los gestos de una política melancolía. Es más, considerando como es debido según los escritores de la conquista de la Nueva España la estructura de este extraño retiro, no estaría lejos de creer que pudiera haber sido todo de barro negro. "Espantoso edificio", dice don Antonio de Solís,¹⁶ "horrible arquitectura. Negras las paredes, los techos, los ornamentos; y el día pasando por una especie de troneiras que destilaban tanta luz cuanto era necesaria para distinguir el horror de la habitación"... Pero si este palacio no era de barro, éste no faltaba ciertamente en los enseres: vasijas, jarros, fruteros, fuentes, toda la vajilla de aquel príncipe, contra, o más ciertamente a despecho del oro, reservado únicamente para las tazas o para lo correspondiente al beber, eran de barro finísimo, y lo que había estado una vez en la mesa no aparecía nunca más en ella, sino que todo se distribuía entre los cortesanos...

... y volviendo a los diferentes usos de los búcaros:

Como bebida no se usa de otra manera el barro sino en agua clara, y como

¹⁵ V. la nota 2 de la p. 164 de la ed. cit. de *Lettere...*, donde Praz señala que el drama de Tirso de Molina resulta ya traducido al italiano en torno al 1620 y anota muchos otros *Convidados* que se representaron a lo largo del s. XVII y que testimonian la extraordinaria popularidad de que gozó la obra.

¹⁶ Solís, *op. cit.*, lib. III, cap. XIV: "Uno de los edificios que hizo mayor novedad entre las obras de Montezuma fue la casa que llamaban de la Tristeza, donde solía retirarse cuando se morían sus parientes y en otras ocasiones de calamidad o mal

simple infusión, y nunca con azúcar ni con olor a flores; y se acostumbra más en verano que en invierno. Se rompen en pedacitos pequeños y se meten en el agua, la cual, cuando toma el olor, que lo toma muy pronto, se enfría, y se sirve en los mismos barros, y ésta se llama en España agua de barro rica, para diferenciarla de la que se hace con barros de Portugal, que se llama simplemente barro. Esta rica se considera como un gran regalo: tanto que, en las bodas del hijo del conde de Oñate, que desposó últimamente a la hermana de este señor embajador de España, entre las demás bebidas, me fue escrito, *con mucho encarecimiento*, que había *agua de barro muy muy rica*.

... [Cuenta de un médico amigo suyo que:] ... ha vomitado contra los barros de las Indias dos calumnias, las más negras, las más atroces que hayan salido jamás de la boca de un hombre honesto. La primera, que habiendo él medicado a una muchacha nacida en España, que se encuentra actualmente en Italia, en los análisis que había hecho sobre su indisposición, había encontrado que comía cascote, y que, al preguntarle por qué, había contestado sin malicia que habiéndose acostumbrado en España a comer los búcaros, en Italia no encontraba nada que se le pareciera más que el cascote. [Y añade, refiriendo otra experiencia con el mismo médico:] ... había venido hace unos días a visitarme, y habiendo pedido un jarro de agua fría, trajeron un agua de barro de Guadalajara, la cual sin rodeos sabía a poco más que a fango. Indagando, me encontré con que un camarero, novicio en estos ministerios menores, aunque español, creyendo hacer bien, había dejado estar en ella el barro veinticuatro horas ...

Sirve además el barro para adobar el tabaco, particularmente en verano, cuando no se pueden oler ciertos tabacos, como dicen en España, a *machamartillo*,¹⁷ y ésta es actualmente en Madrid la gran moda de las señoras. Ponen algunos pedacitos de barro en tanta agua que los cubra, y cuando están bien empapados los ponen de ese modo entre el tabaco con alguna gota del agua de la infusión, y cierran la cajita, y después de uno o dos días lo cogen. Cuando ha perdido aquella frescura, no vale ya nada, y es menester echar mano a otra cajita, las cuales es preciso preparar de un día para otro, y cada una por sí sola, y éste es el polvillo de barro rico:¹⁸ por ser,

suceso que pudiese pública demostración. Era de horrible arquitectura, negras las paredes, los techos y los adornos, y tenía un género de claraboyas o ventanas pequeñas, que daban penada la luz o permitían solamente la que bastaba para que se viese la oscuridad."

¹⁷ A macha martillo, en el sentido de para adobar mucho el tabaco. Magalotti usa la expresión como puede verse impropriamente.

¹⁸ En el *Diccionario de Autoridades* (1726): "Tabaco de barro. El tabaco aderezado con cascos de barros finos olorosos. Le usan, y suelen gustarle mucho las mugeres." Y en el de la *Academia*: "Tabaco de barro. El de polvo, aromatizado con barro oloroso."

en suna, lo rico la característica del barro de Indias, se trate de Chile, Guadalupe o Natán, o los tres juntos, esto no importa: los dos últimos, con todo, son los que más rinden.

Toca ahora a las castañas, que son esos barros en forma de bolsitas abiertas, o macizas y decoradas con hendiduras o con bajorrelieves, o lisas, o decoradas con perforaciones. Éstas son simples utensilios para el verano, y se llevan en la mano, y para que se mantengan húmedas, se mete dentro un pedacito de cambray o de holandá, o liso o con encajes, mojado en agua clara. Vamos a lo medicinal.

Es menester concluir que estos barros, a pesar de nacer en un país bárbaro, aun con todas las demás singularísimas dotes, poseen también la de entender a las mil maravillas la galantería. Puesto que, si bien son liberales con todos indiferentemente por lo que toca al deleite y al regalo, en lo que respecta a la sanidad no se abandonan sino con las damas; y esto es ya tan notorio, que los hombres, aun siendo de la más alta condición, ni siquiera lo pretenden.

Se sirven de ellos por tanto las damas en las fiebres ardientes, teniéndolos en la mano mojados en agua fresca; y en efecto se acepta por una experiencia que no se puede controvertir, que acercándoselos de ese modo a la nariz, a los labios, a la frente, a las mejillas, al pecho, sienten fresco. Los usan además, en cualquier tiempo, pero sobre todo en verano, para mantener fresca la boca cogiendo pedacitos como bocaditos, y dándoles vueltas con la lengua, sin masticarlos, pues aunque no siempre refresquen el paladar, ayuden siempre al aliento; y de aquí ha nacido el proverbio, *bésame, niña, bésame con tu boca de barro*.

Los usan por último para la *xaqueca* o dolor de cabeza, haciéndolos pedacitos del tamaño de un cequí, y pegándoselos a uno y otro lado de las sienas; y en este caso también se ve que, llevándolos continuamente, si no el primer día, el segundo, el tercero, el cuarto, la *xaqueca* pasa; y si no actúan siempre infaliblemente en calidad de remedio, basta que actúen infaliblemente en calidad de *adorno melindroso* o zalamero, para decirlo en buen italiano.

.....

Pues que si ahora la señora marquesa quisiera que se le ofreciera un pequeño cuadro sinóptico en donde se pueda ver en un dos por tres lo que le he dicho en estas seis o siete cartas, o las que sean, helo aquí:

El señor Dios ha creado en este mundo algunas vetas de tierras olorosas: unas en Europa, en el reino de Portugal, y otras en América, es decir, una en el reino de Chile y dos en tierra de México. En las de Portugal, en alguna más y en otra menos, en todas sin embargo el olor es más tenue, más simple y aunque muy gracioso y amable, no obstante se aleja menos del que exhala cualquier terreno quemado por el sol cuando cae la primera lluvia. En las de las Indias, sobre el fondo de este mismo olor resalta un aromá-

tico, donde más y donde menos alterado, pero un aromático pastoso, y que conforta sin turbar. La singularidad de este olor ha invitado a los hombres, tanto de aquí como de allá, a hacer de estas tierras vasos para beber agua, a fin de gozar al mismo tiempo de lo útil y de lo deleitoso. Poco a poco, por la curiosidad, el lujo y la imaginación, ha crecido hasta tal punto, particularmente en las damas el anhelo, la pasión o el frenesí por estas vasijas, que, por el gran comercio multiplicadas las fábricas, y refinada con la gran aura la maestría para trabajarlas, se ven hoy día en la condición de figurar en casi todas las cortes de Europa, como rareza en los museos, como ornamento galante en los gabinetes, y como adorno delicioso en las perfumerías, en los aparadores y en los escaparates, para servir a la curiosidad, al lujo y al regalo.

.....